

El odio: como pasión del yo, en los límites de lo simbólico, como llamada al acto.

Análía A. Cacciari - Horacio G. Martinez

Resumen.

El presente trabajo es una indagación sobre el fenómeno del Odio a partir de los estudios de J. Lacan acerca de la constitución del Yo. En estos trabajos (sobre todo los de la década de 1940), Lacan propone al odio como una de las pasiones del Yo, junto con el Amor y la Ignorancia. Así mismo, destaca el origen de esta instancia a partir de la identificación especular y la relación antagónica con el otro.

En nuestra colaboración, continuamos estas afirmaciones a partir de interrogar un fenómeno singular de nuestra época, al que calificamos de “pasaje al acto odiante”. Estudiamos su estructura comparándola con el desencadenamiento de las psicosis, y el papel que en ello ocupa el “llamado” del otro, y así mismo lo vinculamos con la respuesta histérica en tanto en ella se verifica una precipitación yoica que obtura la pregunta (llamado) para evitar dejar en evidencia una carencia simbólica.

Palabras claves: Odio – Estructura del Yo – Pasaje al acto

En una escena clave de la novela *La náusea*, Antoine Roquentin, su protagonista, se reencuentra con Anny, una antigua amante. Han pasado cuatro años desde su último encuentro, y ha llegado la hora de poner algunas cosas en claro. En medio del diálogo, Anny dice: “Yo creía que el odio, el amor o la muerte bajaban sobre nosotros como las lenguas de fuego del Viernes Santo. Creía que era posible resplandecer de odio o de muerte. ¡Qué error! Si, realmente pensaba que existía “el Odio”, que venía a posarse en la gente y a elevarla sobre sí misma. Naturalmente, sólo existo yo, yo que odio, yo que amo. Y entonces soy siempre la misma cosa, una pasta que se estira, se estira... y es siempre tan igual que uno se pregunta cómo se le ha ocurrido a la gente inventar nombres, hacer distinciones” (Sartre 1946).

“Piensa como yo”, se dice Antoine al oírla, pues cree identificar en esa confesión el mismo sentimiento que él viene padeciendo desde hace meses, y al que le ha dado el nombre de “náusea”: “La Cosa, que aguardaba, me ha dado la voz de alarma, me ha caído encima, se escurre en mí, estoy lleno de ella. La Cosa no es nada: la Cosa soy yo. La existencia liberada, desembarazada, refluye sobre mí. Existo. (...) Yo soy mi pensamiento, por eso no puedo detenerme. Existo porque pienso... y no puedo dejar de pensar. En este mismo momento –es atroz- si existo es *porque* me horroriza existir. Yo, yo me saco de la nada a la que aspiro; el odio, el asco de existir son otras tantas maneras de *hacerme* existir, de hundirme en la existencia”.

Antoine y su amiga Anny llegan, al parecer por caminos diferentes, a una misma conclusión, que no es tanto un razonamiento como la puesta en palabras de un sentimiento: la existencia del yo como una entidad carente de sentido. “Siempre la misma cosa... una pasta que se estira...”, adoptando formas al parecer diversas pero que no son más que los modos en que se manifiesta la existencia de esa entidad.

Es una sensación muy similar la que parece arrastrar a Kafka Tamura, protagonista de la novela *Kafka en la orilla*, a abandonar su casa el día en que cumple sus quince años para emprender un camino sin retorno hacia la vida. Al inicio de su viaje, Kafka reflexiona de este modo: “El recinto de la estación está atestado de gente que va y viene. Todos visten a su aire, acarrean su equipaje, van de aquí para allá con pasos precipitados; todos deben encaminarse a alguna parte con un propósito determinado. Me los quedo mirando fijamente. Y de repente se me ocurre pensar cómo serán dentro de cien años. Dentro de cien años es muy probable que todos los que estamos aquí (incluido yo) hayamos desaparecido de la faz de la Tierra y nos hayamos convertido en polvo o ceniza. Al pensarlo me asalta una extraña sensación. Y todo lo que se encuentra ante mis ojos acaba pareciéndome una ilusión” (Murakami 2002).

La existencia parece cobrar una extraña significación cuando se la lee a contraluz de la muerte.

Recurrimos ahora a algunos conceptos del psicoanálisis para tratar de darle otra lectura a ese sentimiento, aclarando que el recurso a los conceptos psicoanalíticos no es un intento de “comprensión abarcativa”, ni de ninguna otra clase de comprensión. Al igual que Freud, pensamos que el psicoanálisis no nos

da una *Weltanschauung*. Recurrir a los conceptos del psicoanálisis resulta una maniobra útil cuando intentamos pensar el trabajo posible a realizar con las sensaciones que estos personajes tratan de procesar en el contexto de una cura. ¿Qué haría un psicoanalista si recibiera en consulta a Antoine Roquentin o a Kafka Tamura en medio de su crisis existencial?

Bien, podríamos suponer que estos personajes se han topado inesperadamente con una verdad. Con la verdad más desagradable de todas, podríamos agregar, parafraseando al Lacan del *Seminario 6* quien, analizando a su vez el encuentro de Hamlet con el fantasma de su padre, habla de una “verdad sin verdad”: no hay Otro del Otro: $S(\bar{A})$.

En otros términos: falta el significante que daría sentido a nuestra existencia. Pero de esta confrontación no surge el odio. Estando emparentado con ello, sin embargo el odio es una respuesta pasional a la falta de garantía significativa que se juega en el plano imaginario.

Siendo un poco dogmáticos, podríamos afirmar que las pasiones humanas (amor, odio, ignorancia) tienen todas el mismo origen y la misma función: velar imaginariamente la falta central de lo simbólico, negando su existencia y creando una ilusión de completud en su lugar. El psicoanálisis llama “Yo” a esa ilusión, intentando nombrar eso que el personaje de Anny descubre en sus reflexiones. El recurso que el amor pone en juego a este nivel ha sido extensamente trabajado. Trataremos de centrar nuestra reflexión en torno a la figura del odio. La matriz operatoria es la del Estadio del Espejo: el yo se *precipita* para adquirir una permanencia imaginaria ante aquello que amenaza su existencia. Dicha amenaza adquiere la forma de una pregunta por el ser, que se despliega en el eje simbólico del esquema Lambda. Es, por ejemplo, esa pregunta que Lacan califica de “histérica” en el *Seminario 3*. Para evitar su formulación, que haría patente en lo Simbólico una carencia de material significativo que impide una respuesta inequívoca, el yo asume una imagen que opera de tapón.

La gama de respuestas del yo se agota en las posibilidades que ofrece la relación especular: identificarse, ofrecerse como objeto de amor, elevar un objeto al rango de objeto amado, odiar.

“Hay aquí una especie de encrucijada estructural”, escribe Lacan (1948), “en la que debemos acomodar nuestro pensamiento para comprender la naturaleza de la agresividad en el hombre y su relación con el formalismo de su yo y de sus

objetos. Esta relación erótica en que el individuo humano se fija en una imagen que lo enajena a sí mismo, tal es la energía y tal es la forma en donde toma su origen esta organización pasional a la que llamaré su *yo*”.

El esquema Lambda permite también ilustrar dinámicamente el tipo de relaciones que se dan entre los registros Simbólico e Imaginario, y el modo en que la intervención del primero sobre el segundo crea una “exclusión recíproca” que vuelve la relación imaginaria en relación especular, pacificándola. Veámoslo en una cita:

“Si la imagen cautivante es desmesurada, si el personaje en cuestión se manifiesta simplemente en el orden de la potencia y no en el del pacto, aparece una relación de agresividad, de rivalidad, de temor, etcétera. En la medida en que la relación permanece en el plano imaginario, dual y desmesurado, no tiene la significación de exclusión recíproca que conlleva el enfrentamiento especular, sino la otra función, la de captura imaginaria. La imagen adquiere en sí misma y de entrada la función sexualizada, sin necesitar intermediario alguno, identificación alguna a la madre o a quien sea. El sujeto adopta entonces esa posición intimidada que observamos en el pez o en la lagartija. La relación imaginaria se instala sola, en un plano que nada tiene de típico, que es deshumanizante, porque no deja lugar para la relación de exclusión recíproca que permite fundar la imagen del yo en la órbita que da el modelo, más logrado, del otro” (Lacan 155/56, Clase 15, p. 291/2).

Con relación a los fines que persigue esta comunicación, resulta interesante resaltar la idea que propone Lacan en sus investigaciones sobre el Yo. Escogemos esta frase suya, tomada del mismo *Seminario 3*:

“A partir del momento en que la noción de narcisismo entró en la teoría analítica, la nota de la agresividad ocupó cada vez más el centro de las preocupaciones técnicas. Su elaboración, empero, ha sido elemental. Se trata de ir más allá. Para eso exactamente sirve el estadio del espejo. Evidencia la naturaleza de esta relación agresiva y lo que significa. Si la relación agresiva interviene en esa formación que se llama el yo, es porque le es constituyente, **porque el yo es**

desde el inicio por sí mismo otro, porque se instaura en una dualidad interna al sujeto. El yo es ese amo que el sujeto encuentra en el otro, y que se instala en su función de dominio en lo más íntimo de él mismo. Si en toda relación con el otro, incluso erótica, hay un eco de esa relación de exclusión, él o yo, es porque en el plano imaginario el sujeto humano está constituido de modo tal que el otro está siempre a punto de retomar su lugar de dominio con relación a él, que en él hay un yo que siempre en parte le es ajeno. Amo implantado en él por encima del conjunto de sus tendencias, de sus comportamientos, de sus instintos, de sus pulsiones. No hago más que expresar aquí, de un modo algo más riguroso y que pone en evidencia la paradoja, el hecho de que hay conflictos entre las pulsiones y el yo, y de que es necesario elegir. Adopta algunas, otras no; es lo que llaman, no se sabe por qué, la función de síntesis del yo, cuando al contrario la síntesis nunca se realiza: sería mejor decir función de dominio. ¿Y dónde está ese amo? ¿Adentro o afuera? Está siempre a la vez adentro y afuera, por esto todo equilibrio puramente imaginario con el otro siempre está marcado por una inestabilidad fundamental” (Clase 7, p. 134/5. Los subrayados son nuestros).

Aceptar la endeblez del Yo, sus dependencias al otro especular y al Otro simbólico, y a la vez aceptar las propias carencias del Otro a la hora de ofrecer respuestas, es una tarea ante la cual el sujeto muchas veces sucumbe. El psicoanálisis se ofrece en esos casos como un método eficaz para hacer lugar a ese duelo por la falta que nos es constitutiva.

Pero muchas veces el sujeto opta por la respuesta actuada. Las dimensiones del *acting out* y del pasaje al acto muestran formas brutales de intentar romper las dependencias con el Otro. En ese contexto, entendemos que el odio y los actos que acarrea resultan un ejemplo contemporáneo que adquieren estas respuestas actuadas. Y agregamos que ellas “responden” a un llamado.

La estructura del desencadenamiento de la psicosis se origina en un llamado, frente al que el sujeto no halla material simbólico para representarse. En el pasaje al acto odiante suponemos una estructura similar: un llamado que pone en evidencia una carencia simbólica. Ante ella, el sujeto se borra y, a la manera de la histeria, precipita en su lugar una imagen yoica idealizada. En este sentido, no creemos que sea casual que las personas que participaron en distintos roles

en el atentado contra la vida de la vicepresidenta afirmen estar imbuidos por el espíritu de San Martín, y califiquen a su acto como “heroico”. Así mismo, todos hacen referencia a un discurso que se les vuelve omnipresente, y en el que escuchan un llamado a la acción.

Bibliografía:

J. Lacan: (1948/2003) La agresividad en Psicoanálisis. *Escritos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan J.: (1955-56/1981) *El Seminario. Libro 3: Las psicosis*. Barcelona: Paidós.

Sartre J. P.: (1946/1973) La náusea. Buenos Aires: Losada.

Murakami H.: (2002/2013) Kafka en la orilla. Buenos Aires: Tusquets.